

victoriosos como sois, vencedores del tiempo; á vosotros, los más sanos y los más robustos; ¡á vosotros, *buenos europeos!*

## VII

Séame permitido, para acabar, resumir en una fórmula mi oposición contra el *pesimismo romántico*, es decir, contra el pesimismo de los indigentes, de los adaptados, de los vencidos: existe un deseo de lo trágico y del pesimismo, que es un signo de severidad tanto como de vigor intelectual (gusto, sentimiento, conciencia). Con este deseo en el corazón no se teme lo que hay de terrible y de problemático en toda clase de existencia: hasta se buscan esas cualidades. A ese deseo acompañan el valor, la arrogancia, el anhelo de un *gran* enemigo. Esa fué primero mi perspectiva pesimista; perspectiva nueva, á mi juicio; perspectiva que, aun hoy día, es nueva y extraña. Hasta ahora me atengo á ella; y, si se me quiere creer, tanto á favor mío como en contra mía, al menos en ciertas ocasiones. ¿Queréis verlo demostrado? ¿Qué otra cosa se ha demostrado en este largo prefacio?

Sils-Maria, Engadina Superior.

Septiembre de 1886.

## EL VIAJERO Y SU SOMBRA

## PRIMERA PARTE

1.—*Para aquellos á quienes ha desilusionado la filosofía.*

Si hasta ahora habéis creído en el valor superior de la vida, y si ahora os veis desilusionados, ¿habéis de despojaros de la vida á toda costa?

2.—*Ser adulado.*

Se puede ser adulado también por lo que atañe á la claridad de las ideas. ¡Cuánto os disgustan entonces las relaciones con esas personas oscuras y nebulosas que aspiran y que presienten! ¡Cuán ridículo parece, sin ser regocijante, su eterno mariposeo, su caza perpetua, sin que, en conclusión, lleguen á volar y á atrapar algo!

3.—*Los pretendientes de la realidad.*

El que acaba por darse cuenta de cómo y por cuánto tiempo ha sido engañado, abraza por despecho la realidad, aun la más fea; de suerte que, si se considera el mundo en conjunto, á la realidad le han tocado en el curso de los siglos los mejores pretendientes;

porque los mejores son los que han sido engañados más y por más tiempo.

4.—*Progreso del pensamiento libre.*

No hay mejor medio para hacer inteligible la diferencia que hay entre el pensamiento libre de otros tiempos y el pensamiento libre de hoy, que acordarse de un axioma célebre. Para imaginarlo y formularlo fué preciso toda la intrepidez del siglo XVIII, y, sin embargo, apreciado con arreglo á nuestra experiencia de hoy, conviértese en una ingenuidad involuntaria. Quiero hablar del axioma de Voltaire: *Croyez, mon ami, l'erreur aussi a son merite* (1).

5.—*Un pecado original de los filósofos.*

Los filósofos se han apoderado en todos los tiempos de los axiomas de los que estudian á los hombres (moralistas); los han corrompido tomándolos en un sentido absoluto y queriendo demostrar la necesidad de lo que éstos no habían considerado sino como indicación aproximativa, ó acaso solamente como la verdad particular en una ciudad ó en un país durante una docena de años; pero con eso los filósofos creían elevarse por encima de los moralistas. Así se encontrará, como bases de las célebres doctrinas de Schopenhauer tocante á la supremacía de la voluntad sobre la inteligencia, la invariabilidad del carácter, la negatividad de la alegría (doctrinas todas que, tales como las entiendo, son errores): principios de sabiduría popular

(1) En francés en el original. Traducción: «Creedme, amigo, el error tiene también su mérito.»—(N. DEL T.)

erigidos en verdades por moralistas. La palabra «voluntad», que Schopenhauer transformó para hacer de ella una denominación común á muchas condiciones humanas, al introducirla en el lenguaje, donde no había ninguna laguna, para su gran provecho personal, en cuanto que era moralista (desde entonces pudo hablar de la «voluntad» de la misma manera que Pascal había hablado); la palabra «voluntad», en Schopenhauer, degeneró entre las manos de su inventor, á causa de su rabia filosófica por las generalizaciones, y para gran desgracia de la ciencia; porque pretender atribuir á todas las cosas de la naturaleza una voluntad, es hacer de esta voluntad una metáfora poética. En fin, se ha abusado de ella por una falsa objetivación, con el fin de utilizarla en toda clase de excesos místicos; y todos los filósofos del mundo repiten y parecen saber exactamente que todas las cosas no tienen más que una sola voluntad, y que ellas mismas son esta única voluntad; lo cual equivaldría á decir, según la definición que se da de esta voluntad única y universal, que se quiere tener por Dios al *estúpido demonio*.

6.—*Contra los imaginativos.*

El imaginativo niega la verdad delante de sí mismo; el embustero solo la niega delante de los demás.

7.—*Enemistad hacia la luz.*

Si se hace comprender á alguno que en el sentido estricto nunca puede hablar de verdad, sino solamente de probabilidad y de los grados de probabilidad, se descubre, por lo general, con júbilo no disimulado de aquel á quien así se instruye, cómo los hombres

prefieren la incertidumbre del horizonte intelectual, y cómo, en el fondo de su alma, *odian* la verdad á causa de su precisión. ¿Proviene esto de que todos temen que se haga caer sobre ellos mismos alguna vez, con demasiada crudeza, la luz de la verdad? ¿Quieren dar algo á entender, y, sin embargo, no se ha de saber exactamente lo que son? ¿O bien no es más que el temor de una luz demasiado fuerte, á la cual no está habituada su alma de murciélago crepuscular y fácil de deslumbrar?

8.—*Escepticismo cristiano.*

Preséntase ahora á Pilatos, con su pregunta: «¿Qué es la verdad?», como defensor de Cristo, y eso para hacer sospechoso todo lo que es conocido y cognoscible, para hacerlo pasar por apariencia, á fin de poder alzar sobre el horrible fondo de la imposibilidad de saber ¡la Cruz!

9.—*La «ley de la naturaleza» es una superstición.*

Si habláis con tanto entusiasmo de la conformidad á las leyes que existen en la naturaleza, habéis de admitir, ó que por una obediencia libremente consentida y sometida á sí misma, las cosas naturales siguen sus leyes (en cuyo caso admiráis la moralidad de la naturaleza), ó que evocáis la idea de un mecánico creador que 'a fabricado el péndulo más ingenioso, colocando en él, á guisa de ornamento, los seres vivientes. La necesidad en la naturaleza se hace más humana por la expresión «conformidad á las leyes»: este es el último refugio de la fantasía mitológica.

10.—*Pasa á la historia.*

Los filósofos nebulosos y los entenebrecedores del mundo, y, por lo tanto, todos los metafísicos de sal más ó menos gruesa, se sienten atacados de dolores en los ojos, en los oídos y en los dientes cuando comienzan á sospechar que hay alguna realidad en ese axioma que afirma que la filosofía ha pasado ahora al dominio de la historia. Puede perdonárseles, á causa de su disgusto, que arrojen piedras é inmundicias al que habla así; pero puede suceder que la doctrina misma llegue á ser por algún tiempo inconveniente é insignificante y que deje de producir sus efectos.

11.—*El pesimista de la inteligencia.*

El hombre, verdaderamente libre por el espíritu, pensará también libremente á propósito del mismo espíritu, y no se ocultará lo que pueda haber de grave en los orígenes y la dirección de éste. Por eso los demás le considerarán tal vez como el peor enemigo del libre pensamiento, y le aplicarán este término despectivo: «pesimista de la inteligencia», que debe poner en guardia contra él, habituados como están á no nombrar á uno según su fuerza y su virtud dominantes, sino según lo que les parece más extraño en él.

12.—*Alforja de los metafísicos.*

No hay que responder á los que hablan con tanta fanfarronería de lo que tiene de científica su metafísica; basta revolver en la mochila que disimulan detrás de su espalda con tanto pudor; si se consigue deshacerla algo, se obtendrá la luz y se producirá su

mayor vergüenza, el resultado de este cientificismo: un Dios pequeñito y bueno, una inmortalidad amable, quizá un poco de espiritismo y todo el amasijo confuso de las miserias de un pobre pecador y del orgullo del fariseo.

13.—*El conocimiento perjudicial en ocasiones.*

La utilidad que trae una investigación absoluta de la verdad está sin cesar demostrada por centésima vez, de tal manera, que hay que acomodarse sin vacilar á las cosas perjudiciales, ligeras y raras, con que el individuo puede sufrir á causa de esta investigación. Es imposible evitar los riesgos al químico que puede quemarse ó envenenarse con ocasión de sus experiencias. Lo que se puede decir del químico se aplica á toda nuestra civilización. De donde resulta claramente, dicho sea de paso, cuánto importa, para ésta, tener siempre bálsamos para las heridas y antidotos para los venenos.

14.—*Lo que necesita el filisteo.*

El filisteo cree que lo más necesario para él es un arambel de púrpura ó un turbante de metafísico, y no quiere, de ningún modo, dejárselos arrancar; y con todo, sería menos ridículo sin estos oropeles.

15.—*Los exaltados.*

Por todo lo que los exaltados dicen á favor de su evangelio ó de su maestro, se defienden ellos mismos, aunque parezcan erigirse en jueces (y no en acusados), porque involuntariamente se les hace recordar, casi á cada instante, que son excepciones que necesitan justificarse.

16.—*El bien impulsor de la vida.*

Todas las cosas buenas son fuertes estimulantes en favor de la vida; y eso mismo ocurre con todo buen libro, escrito contra la vida.

17.—*Felicidad del historiador.*

«Cuando oímos hablar á los metafísicos sutiles y á los alucinados del otro mundo, comprendemos que nosotros somos los *pobres de espíritu*, es verdad, pero á nosotros pertenece el reino del cambio con la primavera y el otoño, el invierno y el estío, y que á ellos les pertenece el otro mundo con sus nieblas incesantes, sus sombras grises y frías.» Esto es lo que se puso á decir alguien que se paseaba al sol de la mañana; alguien que, al estudiar la historia, sentía transformarse sin cesar, no sólo su espíritu, sino también su corazón, y que, en oposición á los metafísicos, se contenta con albergar en sí, no un alma inmortal, sino muchas almas mortales.

18.—*Tres especies de pensadores.*

Hay manantiales de mineral que saltan, hay otros que corren y otros que fluyen gota á gota; en el mismo sentido hay tres clases de pensadores. El profano los valúa según la capacidad del agua, el inteligente examina su contenido y los juzga, por consiguiente, con arreglo á lo que en ellos *no* es agua.

19.—*La imagen de la vida.*

Querer pintar la imagen de la vida, es tarea que, aunque celebrada por todos los poetas y los filósofos,

no deja de ser insensata; la mano de los más grandes pintores y pensadores, nunca ha trazado más que imágenes y bosquejos *sacados de una vida*, es decir, de su propia vida. No podría ser de otro modo. En una cosa que está en plena evolución, otra cosa que evoluciona no puede reflejarse de un modo fijo y durable, como *la vida*.

20.—*La verdad no tolera otros dioses.*

La fe en la verdad comienza con la duda en todas «las verdades» en que se ha creído hasta ahora.

21.—*En qué se exige el silencio.*

Si se habla del libre pensamiento como de una expedición muy peligrosa por los ventisqueros y mares polares, los que no quieren comprometerse en ese camino se ofenden, como si se les hubiese acusado de vacilación y de tener las piernas débiles. Cuando no nos sentimos á la altura de una cosa difícil, no toleramos que se mencione ante nosotros.

22.—*Historia «in nuce».*

La parodia más seria que he oído jamás es esta: En el principio era el contrasentido y el contrasentido era por Dios, y Dios (divino) era este contrasentido.

23.—*Incurable.*

El idealista es incorregible; si se le expulsa de su cielo, se agencia en el infierno un ideal. Creadle una decepción y veréis que no pone menos ardor en abrazar su decepción del que ponía hace poco en aureolarse con su esperanza. En cuanto que su inclinación

pertenece á las grandes inclinaciones incurables de la naturaleza humana, puede provocar destinos trágicos y convertirse más tarde en asunto de tragedia; en eso toca á lo que hay de más incurable, inevitable é irremisible en el destino y en el carácter humanos.

24.—*Los aplausos son una continuación del espectáculo.*

El aire radiante y la sonrisa benévola es la forma de aprobación que se da á la gran comedia del mundo y de la existencia; pero hay al mismo tiempo una comedia en la comedia que debe llevar á los demás espectadores al «*plaudite, amici*».

25.—*Valor del fastidio.*

El que no tiene el valor de permitir que se juzgue fastidiosa su obra y que se le juzgue fastidioso á él mismo, no es un espíritu de primer orden, ni en las artes, ni en las ciencias. Un espíritu humorístico, que, por excepción, fuese también un pensador, dirigiendo una mirada sobre el mundo y la historia, podría añadir: «Dios no tiene este valor; ha querido hacer todas las cosas interesantes y las ha hecho así.»

26.—*De la más íntima experiencia del pensador.*

Nada es más difícil para un hombre que percibir una cosa de una manera impersonal; quiero decir, ver en ella precisamente una cosa y no una *persona*: hasta se puede preguntar si, de un modo general, le es posible suspender, aunque no sea más que por un momento, el mecanismo de su instinto que crea é imagina personas. En sus relaciones con los *pensamientos*,

aun los más abstractos, se porta como si fuesen individuos con los cuales se ve forzado á luchar, individuos á quienes se cuida y educa. Escuchemos ó escuchemos durante el minuto en que oímos ó encontramos un axioma nuevo para nosotros. Acaso nos desagrade, porque se presente con tanta altivez y orgullo; inconscientemente nos preguntamos si no debemos oponerle un enemigo ó bien agregarle un «tal vez» ó un «á veces»; la palabreja «probable» nos da satisfacción, porque destruye la tiranía personal de lo absoluto que nos importuna. Cuando, por el contrario, este axioma nuevo se nos presenta en una forma más atenuada, tolerante y humilde como conviene, arrojándose, de cierto modo, en los brazos de la contradicción, apuntamos otro ejemplo de nuestra soberanía; porque, ¿cómo podríamos no ayudar á ese ser débil, acariciarlo y nutrirlo, darle fuerza y plenitud y hasta una apariencia de verdad y de absoluto? ¿Nos es posible portarnos con él de una manera natural, caballeresca ó compasiva? Además, vemos por una parte un juicio, y por otra parte otro, alejados entre sí, sin que estén unidos y sin que tiendan á aproximarse; entonces una idea nos cosquillea; averiguamos si no habría que hacer un matrimonio, si no habría que sacar una *conclusión*; tenemos el sentimiento vago de que en el caso en que esta conclusión fuese una consecuencia, recibirían gran honra, no sólo los dos juicios unidos por el matrimonio, sino también el autor de este matrimonio. Si, por el contrario, no se puede atacar esta idea ni por la obstinación y la mala voluntad, ni por la benevolencia (si se la juzga *verdadera*), sométese uno ó ella y ríndele homenaje como á un guía y á un jefe, concédesele un puesto de honor y no se habla de ella sin cierta pompa y alti-

vez; porque su esplendor brilla sobre vosotros. ¡Desgraciado de aquel que quiera obscurecerla! Pero ocurre también que esta autoridad se nos llega á hacer escabrosa un día; entonces, nosotros que somos infatigables creadores de reyes (*King-makers*) en el dominio del espíritu, expulsamos del trono á la idea elegida y sentamos en él á su contraria. Considerad eso y dad un paso más en vuestro pensamiento; seguramente nadie hablará de una «necesidad de conocimiento en sí». ¿Por qué, pues, el hombre prefiere lo verdadero á lo falso, en esta lucha *secreta* con las *ideas-personas*, en este matrimonio de ideas, matrimonio que permanece oculto las más de las veces, en esta fundación de estados en el dominio del pensamiento, en esta educación y en esta asistencia del pensamiento? Por la misma razón que le impulsa á hacer justicia en sus relaciones con verdaderas personas; *ahora*, por costumbre, herencia y educación; *primitivamente*, porque lo verdadero (como también lo equitativo y lo justo) es más *útil* y reporta más *hombres* que lo falso.

Porque, en el dominio del pensamiento, es difícil conservar la *fuerza* y la *reputación*, cuando éstas se cimentan en el error y la mentira; el sentimiento de que ese edificio pudiera venir á tierra algún día es *humillante* para la conciencia de su arquitecto; el arquitecto se avergüenza de la fragilidad de su material, y, porque se considera á *sí mismo* como más *importante* que el resto del mundo, no quisiera ejecutar nada que no fuese más *durable* que el resto del mundo. En su deseo de la verdad, profesa la fe en la inmortalidad personal, es decir, el pensamiento más orgulloso y altivo que hay, porque va íntimamente asociado á este pensamiento oculto: «*pereat mundus, dum ego sal-*

*vos sim* (1)». Su obra se ha convertido para él en su *ego*; él mismo se transforma en una cosa imperecedera, que desafía á cualquier otra cosa; es su altivez incommensurable que no quiere servirse para su obra más que de las piedras mejores y más duras, por consiguiente, de verdades, ó de lo que él tiene por tales. Con justa razón se ha llamado siempre al *orgullo* «el vicio de los que saben»; la verdad y su prestigio estarían en mala postura sobre la tierra, sin este vicio fecundo. En el hecho de que *tememos* á nuestras propias ideas, á nuestras propias palabras, pero también de que en ellas *nos veneramos* á nosotros mismos, atribuyéndoles involuntariamente la facultad de poder recompensarnos, despreciarnos, elogiarnos y censurarnos; en el hecho de que estamos en relación con ellas, como con personas libres é intelectuales, como con fuerzas independientes, de igual á igual; en ese hecho se funda el singular fenómeno que he llamado «conciencia intelectual». Es, pues, una cosa moral, superior, que ha salido de una raíz vulgar.

27.—*Los oscurantistas.*

Lo esencial, en la magia negra de los oscurantistas, no es que quiere perturbar los cerebros, sino que tiende á ennegrecer la imagen del mundo y á oscurecer nuestra *idea de la existencia*. Verdad es que, para llegar á este fin, el oscurantismo se dedica muchas veces á impedir la emancipación de los espíritus, pero, en ciertos casos, usa precisamente del medio opuesto, y trata, por el excesivo refinamiento de la inteligencia, de engendrar la saciedad. Los metafísi-

(1) «¡Perezca el mundo, con tal de que yo sea salvo!—  
(N. DEL T)

cos sutiles que preparan el escepticismo y que, por su extremada sagacidad, invitan á la desconfianza hacia la sagacidad, son excelentes instrumentos de un oscurantismo más refinado. ¿Es posible poder hacer servir á este fin al mismo Kant? Diré más: ¿es posible que, según su propia declaración tristemente célebre, haya *querido* él mismo algo parecido, al menos de un modo pasajero, abrir un camino á la *fe*, señalando sus límites á la ciencia? Es cierto que no lo ha conseguido ni él ni sus sucesores en los senderos de cabras de ese oscurantismo muy refinado y muy peligroso — el más peligroso de todos: porque la magia negra se presente aquí con una aureola de luz.

28.—*Qué clase de filosofía hace perecer al arte.*

Si las brumas de una filosofía metafísico-mística consiguen hacer *opacos* todos los fenómenos estéticos, síguese que es imposible *evaluar* estos fenómenos juzgándolos unos por otros, porque cada uno separadamente es inexplicable. Pero si no es posible comparar para llegar á un cálculo, acaba por resultar una *ausencia* completa de *crítica*, una ciega indolencia; resulta, además, un debilitamiento continuo del *goce* que procura el arte; ese goce que no se distingue de la brutal satisfacción de una necesidad más que por un gusto en extremo refinado y un sentido agudo del matiz. Pero, cuanto más disminuya el goce, más se transformará el deseo del arte, para rebajarse de nuevo á un simple apetito, al cual el artista, trata desde luego de subvenir por una nutrición cada vez más grosera.

29.—*En Gethsemani.*

Lo que un pensador puede decir de más doloroso á un artista, es: «¿No podéis *velar* durante una hora conmigo?»

30.—*En el telar.*

Hay un reducido número de personas que tienen gusto en desmarañar el tejido de las cosas y en deshacer las malas, pero un gran número trabaja en contra de esta tarea (por ejemplo, todos los artistas y todas las mujeres). Se dedican á rehacer los nudos hasta lo infinito y á embrollar los hilos, de tal suerte, que las cosas comprendidas se hagan incomprensibles. Suceda lo que quiera, las mallas y los tejidos tendrán siempre un aspecto desagradable, porque en ellos trabajan demasiadas manos que arrancan los hilos.

31.—*En el desierto de la ciencia.*

Durante sus marchas humildes y penosas, que son muchas veces, ¡ah! marchas á través del desierto, aparécenle al hombre científico esos maravillosos espejismos que llama «sistemas filosóficos»: muestran al alcance de la mano, con la fuerza mágica de la ilusión, la solución de todos los enigmas y la copa refrescante del verdadero licor de vida; el corazón palpita de alegría y el hombre fatigado ya casi toca con los labios la recompensa de su trabajo y de su perseverancia científica, de suerte que va, casi involuntariamente, siempre hacia adelante. Es cierto que algunas naturalezas se detienen como ofuscadas por el

hermoso espejismo; entonces el desierto los traga y mueren para la ciencia. Otras naturalezas, las que muchas veces han hecho la experiencia de estos consuelos subjetivos, se sienten atacadas de un extremo de desaliento y maldicen el sabor de sal que estas apariciones dejan en la boca y de donde resulta una sed ardiente, cuando un solo paso os aleja de un manantial.

32.—*La supuesta «verdad verdadera».*

El poeta aparenta conocer á fondo las diferentes profesiones, como, por ejemplo, las de general, de tejedor y de marino, y todas las cosas que les atañen. Se porta como si *supiese*. Al explicar los destinos y los actos humanos, tiene el aspecto de haber estado presente cuando fué tejida la trama del mundo; en este sentido es un impostor. Verifica sus engaños delante de *ignorantes*; por eso le salen bien; éstos le alaban de su talento real y profundo, y le inducen, por último, á creer que conoce las cosas tan bien como los especialistas, que las conocen y ejecutan, y hasta tan bien como la gran Araña del mundo. El impostor acaba, pues, por ser un hombre de buena fe y por creer en su veracidad. Los hombres sensibles llegan hasta á decirle cara á cara que posee la verdad y la veracidad *superiores*; porque sucede algunas veces que están momentáneamente fatigados de la realidad; entonces toman el sueño poético como un alivio bienhechor, una noche de reposo, saludable al cerebro y al corazón. Lo que el poeta ve en sueños les parece ahora de un valor superior, porque, como he dicho, experimentan con ello un sentimiento bienhechor, y los hombres siempre han creído que lo que parecía

ser más precioso era lo más verdadero, lo más real. Los poetas que tienen *conciencia* de este poder, propio de ellos, se dedican con toda intención á calumniar lo que generalmente se llama realidad y á darle el carácter de la incertidumbre de la apariencia, de la inautenticidad, de lo que se extravía en el pecado, en el dolor y en la ilusión; utilizan todas las dudas sobre los límites del conocimiento, todos los excesos del escepticismo para cubrir á las cosas con el velo de la incertidumbre, á fin de que, después que han llevado á cabo este oscurecimiento, se interprete, sin vacilación, sus devaneos de magia y sus evocaciones como el camino de la «verdad verdadera», de la «realidad real».

33.—*Querer ser justo y querer ser juez.*

Schopenhauer, cuya gran experiencia en las cosas humanas y demasiado humanas, cuyo sentido instintivo de los hechos han sido más ó menos sofocados por la piel de leopardo de su metafísica (esa piel que hay que arrancar primero para descubrir debajo de ella un verdadero genio de moralista); Schopenhauer, digo, hace esta excelente distinción que le dará razón más de lo que osaba confesarse á sí mismo: «El conocimiento de la severa necesidad de los actos humanos es línea que separa los *cerebros filosóficos de los demás.*» Él mismo puso obstáculos á esta comprensión profunda que una vez adquirió con este prejuicio común á los hombres morales (no á los moralistas), y que expresa así, en un tono cándido y ferviente: «La aclaración definitiva y verdadera sobre el sentido íntimo del conjunto de las cosas está necesariamente en estrecha correlación con la significación ética de los

actos humanos.» Esta necesidad no salta á la vista: muy al contrario, está refutada por ese axioma de la severa necesidad de las acciones humanas, es decir, de la absoluta violencia é irresponsabilidad de la voluntad. Los cerebros filosóficos se distinguirán, pues, de los demás por su incredulidad en lo que toca á la significación metafísica de la moral; y eso abriría un abismo profundo é infranqueable que no se asemejaría en nada al que separa á las «personas instruidas» de los «ignorantes» y de que tanto se lamentan en estos días. Es cierto que será preciso que se reconozcan como inútiles muchas puertas de salida que se han abierto á los mismos «cerebros filosóficos» como Schopenhauer: *ninguna* de estas puertas está al aire libre en la atmósfera del libre arbitrio; cada una de aquellas por donde se ha escapado hasta ahora da á un espacio cerrado: el muro de bronce de la fatalidad: *estamos* encarcelados, no podemos más que *soñarnos* libres, no *hacernos* libres. No se podrá resistir por mucho tiempo á esta certeza; las actitudes desesperadas é inconcebibles de los que la atacan y hacen vanas contorsiones por continuar la lucha lo demuestran. He aquí, poco más ó menos, lo que ocurre ahora en su espíritu: «¿Nadie ha de ser responsable, habiendo como hay por todas partes el pecado y el sentimiento del pecado? Tiene que haber algún pecador: si es imposible y si no está permitido acusar y juzgar al individuo, esa onda insignificante en el mar inmenso de la evolución, considérese como culpable al mismo mar, á la evolución: porque en ella hay libre arbitrio; se puede acusar, condenar, expiar y hacer penitencia: *sea, pues, Dios el pecador y el hombre su salvador*: sea la historia á la vez culpabilidad, condenación y suicidio: ¡sea el malhechor su propio verdu-